

## **UN TALLER DE CREATIVIDAD... DE QUÉ SE TRATA**

“¡La cultura es un fenómeno transversal que informa toda actividad humana!”...

“¡Por supuesto!... Pero lo más importante sería enfatizar que el ser humano y el respeto a sus raíces es la base de la cultura!” ...

“¡Qué descubrimiento!...Pero ¿Donde dejas la globalización? ¡La globalización está matando las diferencias que son la base de cualquier desarrollo cultural con identidad real!”

“Pero, la globalización nos demuestra que la variable económica es imprescindible si queremos medir el impacto de la cultura en la sociedad!” ...

“¡Ya empezaste con la cantinela de lo económico!” ...

“ ¡Es absurdo separar lo económico de lo cultural!” ...

“ ¡Lo absurdo, a lo mejor, es seguir con estas majaderías cuando la gente no siente la cultura como un problema importante en su vida” ...

“¡Es cierto, lo que preocupa de verdad a la gente es tener algo que comer y un trabajo! ¡Lo demás es paja molida!” ...

“¡Ya saliste con la demagogia típica de mujer”...

“¡Miren quién habla! Machista”...

Hacia largo rato, que los tres clientes de la mesa cinco, dos hombres y una mujer, estaban enfrascados en una discusión que se ponía cada vez más compleja...

“Ya, tranquilos,..Supongo que estamos en otro plano, ¿O no?...Creo que habría que aprovechar la ocasión para plantear en el taller algunas ideas básicas. Unas líneas concretas de acción, que puedan convencer acerca de la necesidad urgente de instalar la creatividad, no sólo como una cualidad indispensable para la acción cultural o el éxito personal, sino también como el verdadero motor para transformar las relaciones sociales, políticas y económicas”...

“¡No es tan fácil!... Depende de los participantes en el taller...¿Cómo convences a los más jóvenes de que eso es cierto, cuando en las escuelas lo más importante para ellos, para los profesores y los apoderados es el promedio de notas y que es un riesgo absurdo el tratar de ir contra la corriente?”

“¿Qué quieres decir?... ¿Que es absurda la idea del taller?.. ¿Que todo lo que hemos estado diciendo y haciendo durante tanto tiempo no sirve para nada?... ¿Qué la Cartografía Cultural, que los Cabildos, que los liceos abiertos son un fracaso?...”

“No te subas por el chorro... No me achaques cosas que no he dicho... Yo sólo te digo que no seamos soñadores, que va a ser mucho más difícil de lo que pensamos... Que no seamos tan complacientes.... Y que...”

“¡Claro!... Mejor no hagamos nada y dejemos las cosas como están... ¿eso sería mejor para ti?...”

“Sigamos discutiendo no más, perdamos el tiempo... mientras tanto nuestras niñas y niños y todos los más jóvenes, mujeres y hombres empobrecen sus capacidades creativas cada día más”...

“Paren un poco... No nos juntamos para esta discusión que me parece no lleva a ninguna parte. Quedamos en que aportaríamos ideas concretas para el desarrollo del taller... Llevamos más de dos horas y lo único concreto que tenemos es un montón de ideas sueltas, sin un hilo conductor... La firme es que todo esto se parece a un enorme caos”...

En la mesa cinco, los comensales, enredados entre rumas de papeles, carpetas y teléfonos celulares, seguían discutiendo acaloradamente, rodeados de la gestualidad mecánica y atávica de los mozos que, acostumbrados ya a este tipo de escenas, seguían impertérritos su deambular entre bandejas, platos y copas.

Ante la indiferencia de sus compañeros de trabajo, Juanito, el nuevo ayudante, seguía asombrado la discusión de esa mujer y de esos dos hombres, comensales de la mesa cinco.

Es cierto que no entendía muy bien, mejor dicho no captaba sino la ínfima parte de esas elucubraciones, sin embargo sentía una inexplicable fascinación por la facilidad con que los contertulios manejaban palabras y conceptos complicados, cómo hacían malabares con las frases, la gramática, la sintaxis y lo envolvían en una atmósfera desconocida, llena de un cierto y atrayente misterio.

Es que él no se sentía mozo por vocación; más bien su oficio actual significaba apenas una forma frágil de supervivencia, en espera de tiempos mejores. No es que se hiciera muchas ilusiones.

Incluso, muchas veces, se preguntaba si había sido una buena idea la de su madre de insistir a que cursara la enseñanza básica en la paupérrima escuelita de su pueblo, ya lejano en su propia memoria.

¿Para qué tantas cosas aprendidas, para qué los pequeños sueños que seguían incrustados en su interior, sin querer dejarlos, a pesar de sus esfuerzos por ser consecuente con la realidad de su situación?

Mientras seguía el desorden de sus pensamientos, en la mesa cinco las cosas se habían apaciguado. Parecía ser que, por fin, un principio de acuerdo comenzaba a vislumbrarse, a juzgar por el ritmo y el nivel sonoro que había adquirido el intercambio de palabras. Alguien, tal vez el que había permanecido aparentemente más ausente de la apasionada discusión, por fin lograba un mínimo consenso:

“Bien, yo me comprometo a hacer un esquema, que quede claro, apenas un primer esquema para discutirlo mañana. No me pidan más. Después le meten mano ustedes. Yo con eso cumplo mi parte. Pero, recuerden que aceptamos hacer el taller y el compromiso está tomado. Que nos jugamos nuestro prestigio y sobre todo nuestras convicciones.”

Juan, haciéndose el desentendido, no perdía una sola palabra de lo que decían. Se las había arreglado para seguir ordenando las mesas vecinas, yendo y viniendo en una secuencia de acciones inconexas, pero verosímiles a los ojos de clientes no muy interiorizados en la rutina del servicio.

Se había hecho tarde. Ya hacía varias horas que ese conjunto bullicioso de especiales clientes ocupaba la mesa cinco, el mismo sitio en el que se reunían siempre, en el segundo piso, cerca de la ventana, y que ellos habían bautizado como “su oficina”.

El grupo, paulatinamente, se fue disolviendo, tras el rito de los saludos de rigor, rutinarios y cansinos. El último en pararse fue el que había logrado cerrar la reunión con su compromiso. Dejó unas monedas en la mesa y se dispuso a partir. Al llegar a la puerta, se detuvo. Su pedido tomó de sorpresa a Juan que ya estaba recogiendo los platos.

“¿Me puedes traer un café grande muy cargado? Me voy a quedar un rato más.”

Sin esperar respuesta se acercó a la mesa uno, alejó los cubiertos y las copas y depositó en ella los papeles entregados en la reunión.

Comenzó a ordenarlos con esmero, formando pequeños conjuntos que iba identificando con números y subrayando con un destacador. Sin embargo, sentía que algo no funcionaba.

No se trataba solamente de ordenar los conceptos y las ideas aportadas por sus compañeros de trabajo, sino de encontrar un hilo conductor, un diferente acercamiento a ese material desordenado, pero valioso que tenía entre sus manos.

Rondaba en su mente una aseveración hecha al pasar en el transcurso de la larga velada. "Lo que le preocupa a la gente es qué tener que comer y un trabajo! Lo demás es paja molida! "

Tenía que reconocer que estaba casi de acuerdo con ese lapidario análisis... Su compromiso le parecía de pronto difícil de cumplir...

Al llegar el café, su mirada se cruzó con la del mozo y pareció darse cuenta por primera vez de su presencia.

"¿Cómo te llamas? "

"Juan, Señor "

"¿Te puedes sentar un momento?... quiero preguntarte algo..."

Juan se sintió incomodo. Era inconcebible que un cliente convidara a un mozo a sentarse en su mesa.: El hombre sintió la incomodidad del otro y se apresuró a añadir.

"Si no quieres no importa, total, la pregunta es muy simple y me la puedes contestar en pocos segundos... ¿Qué quieres hacer de tu vida?..." .

El joven acusó el golpe... Sintió que se sonrojaba, como un niño sorprendido "in flagranti" haciendo algo indebido a juicio de los mayores. ¿Por qué extraña razón ese señor había adivinado sus pensamientos y le formulaba, casi con las mismas palabras, la pregunta que había rondado en su cabeza durante toda la noche?

¿Qué rara circunstancia se le presentaba para poder ordenar sus dispersos pensamientos y dar por fin rienda suelta a las dudas que le acometían acerca de su propia vida?

Sin saber cómo, se encontró sentado frente a la mirada escrutadora del otro y su propia voz le llegó de lejos, con otra entonación, con diferentes resonancias interiores. Todo fue como si le hubieran por fin sacado un peso que iba llevando

encima año tras año, como una mochila incómoda que de tanto cargarla ya había asumido como parte de sí mismo y como algo natural que iba gobernando su andar por la vida.

El contertulio iba siguiendo los vaivenes del cuento, sin intervenir, respetando el aparente desorden de los recuerdos que acudían a borbotones y cobraban vida a través de las atropelladas palabras de Juan.

Los pequeños deberes del campo, la ordeña de las vacas, la comida a las gallinas, el seguir por los campos a su padre, sujetando las riendas del percherón mientras las manos expertas de su padre guiaban el arado dibujando los surcos en la tierra.

El sembradío y la cosecha, la lluvia y las espigas meciéndose al viento y tantas, tantas sensaciones y experiencias que fueron quedando atrás, opacadas primero, y después casi olvidadas bajo el tráfigo de los nuevos conocimientos.

Matemática, historia, castellano, gramática, pasando del silencio cargado de significados de la relación con su padre a la catarata de palabras, discursos, conceptos de los pedagogos que se iban acumulando, desordenadamente, en algún lugar apartado de su cerebro, dejando el alma insatisfecha y confusa.

Después, la obligada vuelta a los deberes del campo. El trabajo era duro y las platas pocas. Seguir en la escuela era un lujo que su familia no se podía permitir.

Sin embargo, su madre insistía y, al venderse parte de la pequeña parcela, quiso que se fuera a la ciudad, para buscar mejor suerte. Y allí estaba, tratando de ahorrar para cursar hasta cuarto medio aunque fuera, y tener un mejor trabajo...

Una historia calcada de tantas otras, sin brillo, primaria y casi insulsa, pensaba el comensal...

Juan, sin embargo, se iba liberando y, en el silencio de su interlocutor, volvía a encontrar aquel otro de tantos años atrás, cuando el presente lo significaba todo, sin necesidad de preguntas y respuestas surgidas desde fuera de esa realidad que contenía al mundo entero. Por lo menos lo que él consideraba su mundo.

A través de las imágenes que acudían a su mente, iba reconstruyendo cada momento, tejiendo un gran poncho que terminaba cobijando su recuerdo. Seguía poniendo de nuevo en el corazón lo que realmente le había importado, las cosas importantes de su corta vida. Y la tierra volvía al primer plano, como una de las más importantes...

El otro, sin tapujos, iba anotando lo que el joven decía, levantando su cabeza de vez en cuando casi para asegurarse de que lo que estaba viviendo era verdad y que el largo monólogo llegaba a su destino...

Juan, de pronto, se quedó callado, con la mirada lejana, ensimismado. Pasó un minuto largo. Al fin el interlocutor se atrevió...

“¿Qué sucede, Juan?”

El joven pareció volver de muy lejos. Sonreía cuando siguió con su cuento.

“Me estaba acordando de un día, fíjese, en que mi padre me levantó muy temprano, antes del amanecer, cargó sobre sus hombros un saco lleno de trigo y me llevó a los potreros recién arados. Sin decir una palabra me entregó mi delantal, se colgó en el hombro el suyo. Con un ademán preciso abrió el saco, ahuecó el delantal y vació en él un buen poco de los gordos granos.

Hice lo mismo y comenzamos a andar por los surcos, siguiendo la dirección del rastro del arado. Yo quedaba un poco atrás y mi padre se me adelantaba con paso firme en el surco de al lado. Hundía su mano nudosa en el delantal y con un amplio gesto iba soltando los granos en abanico esparciéndolos por el suelo.

No necesité ninguna indicación para imitarlo. De pronto, éramos dos extraños bailarines que avanzaban pausadamente, agitando nuestros brazos a un mismo compás, respirando a pleno pulmón el aire, oloroso a tierra húmeda.

El sol irrumpió justo de frente, y el horizonte se llenó de luz. Vi entonces la silueta de mi padre, recortada contra el cielo, repetir una y otra vez su gesto ritual, rodeado de la lluvia de oro de los granos de trigo que bailaban en el aire antes de volver a caer, precisos, dentro del surco...

No sé lo que me pasó entonces; empecé a correr, gritando y lanzando al aire el trigo que volvía a caer en desorden sobre mi cabeza, en el delantal, en el suelo.

Una felicidad extraña me invadía como si hubiera descubierto un nuevo juego, sólo mío, secreto y lleno de innumerables posibilidades. Mi viejo se detuvo y se me quedó mirando, hasta que volví a su lado con el delantal vacío.

“Hijo, ¿Qué te pasó? ¿Por qué tanto alboroto?”

“No lo sé, taita, parece que recién se me hace claro algo... Me siento feliz de estar aquí, junto contigo...”

“¿Qué es ese algo? ¿Tiene que ver con lo que estamos haciendo?”

“Sí, taita, estoy contento porque estamos sembrando en esta tierra que es nuestra, para que crezca el trigo y no nos falte el alimento en la casa, estamos.....”

Mi padre me interrumpió, me clavó su mirada y la descubrí diferente, horizontal, casi de compañero y amigo. Me tomó por los hombros con delicadeza y fuerza al mismo tiempo y esperó que mis ojos encontraran los suyos.

Sus palabras, de las pocas que yo le oí hasta que se nos fue, me quedaron grabadas para siempre, al igual que el tono calmado y seguro con que las dejó caer en mi conciencia.

“Sí, Juanito. Pero es mucho más que eso... Nunca te olvides de que no se trata sólo de nosotros... LE ESTAMOS DANDO DE COMER A LA GENTE”

Juan detuvo un momento el ritmo atropellado de sus palabras, Se quedó en silencio, rumiando en su interior las expresiones de su padre. Su mirada se cruzó de nuevo con su silencioso interlocutor y por primera vez los dos esbozaron una sonrisa de complicidad...

“¿Me traerías otro café, por favor? “

Mientras Juan se alejaba para atender el pedido, el sujeto recogió los papeles con extremo cuidado y los guardó en su pequeño maletín. De allí sacó algunas hojas en blanco que reunió con los breves apuntes de la conversación con Juan.

Este último recuerdo había puesto en movimiento algo diferente, nuevo, que a lo mejor no tenía mucho que ver con todo lo que se había hablado, discutido y debatido anteriormente con sus amigos. Sin embargo, algo le decía que de allí podía salir una nueva visión de los problemas que tanto preocupaban a él y sus colegas.

Se le ocurrió la loca idea de comenzar todo de nuevo, tomando como base ese largo monólogo del joven mozo del restaurante.

Las palabras del padre campesino de Juan demostraban una capacidad de síntesis y una CREATIVIDAD, así con mayúscula, pocas veces encontrada en las largas reuniones en el Ministerio de Educación o en los claustros universitarios que tanto frecuentaba.

Se le ocurrió pensar en sus alumnos, en tantos expertos que se congregan constantemente alrededor del mundo en tantos Congresos acerca de la Educación...para debatir temas de profunda relevancia para la Educación en sus países.

Vio con claridad los surcos que separaban mundos y sensibilidades diferentes que a toda costa ellos, los expertos, trataban de reunir buceando pacientemente en aquellos posibles lazos de unión que, estaba cierto, aunque a veces débiles, existían.

¿Cómo poder transmitir a todos ellos, a sus propios colegas cercanos que el patrimonio humano, es decir el pueblo, la gente está más allá de la educación formal, de los conocimientos abstractos y de las teorías por muy elaboradas y certeras que sean?

Que no se trata de menoscabar su importancia, ni menos de plantear su inutilidad, sino de atacar el problema de otro ángulo, tal vez desde la óptica del padre de Juan, que, sin dudas, ahora lo tenía más que claro, es el sujeto de todo esto. Y que en muchos lugares hay miles como él, millones de seres humanos, que se esfuerzan toda su vida en construir un mundo, forjado en sus propios sueños, en el cual todos quepan con dignidad.

Esa noche, nuestro amigo perdió la cuenta de las tazas de café, de las aguas minerales, de lo que seguramente comió, entre los jirones de los recuerdos y de los cuentos de Juan.

Lo cierto es que llenó esas hojas en blanco, que siempre traía consigo, con su letra menuda, toda en mayúscula, de arquitecto, como afirmaban sus amigos, enhebrando pensamientos sueltos, sin aparente conexión, alejando de su mente la “tarea” que se había impuesto frente a sus compañeros.

Algunos de esos papeles son los que traje aquí conmigo, en esta carpeta... Entre ellos encontré éste, que parece ser el comienzo “formal” de una especie de clase para un taller diferente...

Dice así:

Señor Director del Liceo Abate Molina, Señoras profesoras, colegas profesores y, sobre todo, queridas alumnas y queridos alumnos:

Al iniciar mi intervención en este segundo encuentro con ustedes, quisiera hacerlo a nombre de Juan, de su padre y de su familia que no he tenido la suerte de conocer.

Personas corrientes, como las miles que encontramos todos los días en nuestros campos y en nuestras ciudades, de vidas intrascendentes para muchos, desconocidos hacedores del mundo.

Quisiera que nuestro trabajo se centre en ellos, los verdaderos ciudadanos culturales, que conforman el entrañable patrimonio humano de todas nuestras sociedades y que dan sentido a nuestras acciones y proyectos.

Ojalá, si algún día me encuentro de nuevo con algunas o algunos de ustedes en otra mesa cinco de algún lugar de nuestro país o de cualquier otro, nos acordemos de ellos.

De los muchos Juan y de sus familias, personas que nacen, viven y mueren en un mismo lugar y que trabajan toda su vida, con sacrificio, constancia y mucha entereza, para llegar a ser ellos mismos.

No me queda más que desear para todos nosotros, a lo largo de este taller, un trabajo fecundo en ideas y constructor de sueños...

Hasta aquí llega el contenido de los papeles que pude rescatar...

Muchas gracias.

Claudio di Girólamo.